



Roma, a 31/05/2012

Prot. n. 50/12/484 MO_Letters_to_the_Order

Laudare, Prædicare, Benedicere
Carta sobre la celebración litúrgica

Mis queridos hermanos y hermanas,

- « ¿A dónde vais, Don Enrique? ». – «Voy a la casa de Betania », contestó. (Libellus 75). «En el momento oportuno, nos pusimos en medio de ellos, y despojándonos rápidamente del hombre viejo, allí mismo nos vestimos del nuevo, para que tuviera realidad en nosotros lo que ellos estaban cantando ». Era el Miércoles de Ceniza y fray Enrique, fray León y fray Jordán entraban a la Orden, a la « casa de la obediencia ». De esta manera, unían su vocación de frailes predicadores al caminar hacia la Pascua y la arraigaban en la celebración común de la liturgia.

Ahora que comenzamos el “tiempo ordinario” tras haber celebrado Pascua y Pentecostés y a la luz de este episodio de la vida de nuestros primeros hermanos, les dirijo esta carta sobre nuestra celebración común de la liturgia (ACG Roma 2010, nº79). No me centraré en la necesidad de celebrar juntos la Liturgia de las Horas o en recordarles lo que prometimos: cada uno de nosotros conoce las Constituciones de la Orden y las cartas de promulgación de los diferentes libros litúrgicos del *Proprium OP*, más aún, cada uno ha experimentado lo que puede significar en su vida personal la falta de fidelidad a esta celebración. Al construir nuestra vida regular, personal y comunitaria, sobre la celebración común, decidimos no someter la construcción paciente de la unidad de nuestra comunidad a la arbitrariedad del subjetivismo de cada uno. Tampoco quiero centrarme en las formas de la celebración: como itinerante en la Orden desde hace un año y medio, he podido constatar cuán diversas pueden ser las formas y, al mismo tiempo, cuánto puede favorecer la unidad de una comunidad y de una Provincia la atención que se le brinde a la celebración litúrgica. Necesitamos celebraciones litúrgicas bien preparadas, porque todos convenimos en que alegra participar en celebraciones de calidad, aunque sean sencillas. En cambio, salimos cansados, irritados, y hasta desanimados cuando las celebraciones son pesadas, sea por un exceso de formalismo o por un exceso de informalidad. Cuando esto último ocurre, nuestra celebración puede terminar perdiendo su centro, podemos olvidarnos de Cristo y terminar centrándonos en nosotros mismos.

Quisiera recordar dos elementos que son tan evidentes como radicales: El primero es que la celebración común de la liturgia va señalando el camino de lo que queremos que sea nuestra vida, dedicada a la predicación: un camino de conversión, de las Cenizas a la luz de la Resurrección, un paso del hombre viejo al hombre nacido de nuevo por la gracia del soplo de vida del Resucitado. El segundo elemento hace eco de la expresión recogida por el Beato Jordán: la celebración común es el lugar en donde podemos acceder a la fuente de la obediencia, de la obediencia al misterio de la Palabra que viene a familiarizarse con el hombre para que el hombre aprenda a familiarizarse con Dios. Celebramos juntos esa misma Palabra a la cual pedimos la gracia de consagrarnos (“Conságralos en tu Verdad. Tu Palabra es la verdad”). De esta manera, la celebración aparece claramente como la fuente de nuestra obediencia a la llamada a la “predicación”, a la “evangelización de la Palabra de Dios” y, por eso mismo, como la fuente de nuestra unidad.

“Casa de la obediencia”, la celebración litúrgica invita a dejarnos cautivar, siempre de nuevo, por esta llamada a la unidad, considerada desde tres puntos de vista.

Celebración de la unidad en la Palabra

Cuando cada uno de nosotros sintió la convicción interior de querer dar su vida a la predicación en la Orden, también se sintió animado por la alegría de poder orar con los hermanos y hermanas, de escuchar con ellos la Palabra y dejarla descender sobre uno mismo, de dejarla que habite progresivamente en sus propias palabras para bendecir e implorar a Aquel que viene continuamente al corazón de la humanidad. Generalmente, oramos en el coro, dirigidos hacia un espacio central vacío, o mejor, abierto, precisamente para acoger a Aquel que viene. No vamos al coro para cumplir una obligación a la cual nos hemos comprometido: nos reunimos en el coro para esperar juntos a Aquel que viene, para acogerlo y, sobre todo, para aprender a reconocerlo.

La celebración litúrgica debe ser la oportunidad, repetida varias veces al día y junto con los hermanos, de dejar que la Palabra nos des-centre de nosotros mismos, que ella tome su lugar en nosotros, que se adueñe de nuestro deseo de dar nuestra vida para darla mejor, más allá de lo que podríamos hacerlo por nosotros mismos. La celebración, repetida cada día y a cada Hora, nos da valor para abrir nuestros oídos a la Palabra, para escuchar las palabras de la Escritura y las oraciones de la tradición, para acostumbrarnos a esa familiaridad que la Palabra quiere tener con nosotros, para discernir por medio de las palabras de la Escritura el rostro del Hijo, fuente misma de la obediencia, que se revela. Necesitamos continuamente recuperar fuerzas, retomar el ánimo, y sabemos que es en el misterio de la Liturgia donde podemos hacerlo, o más bien, donde podemos pedirle al Señor que lo haga en nosotros.

Pero, ¿cuál es la obra de la gracia que se realiza en nosotros, de modo individual y comunitario, por medio de la celebración litúrgica? Me atrevería a decir, en primer lugar, que cada celebración del Oficio conduce a anclar de nuevo nuestra vida en los signos del día de nuestra profesión. - “¿Qué pides?” – “La misericordia de Dios y la de la Orden de los Frailes Predicadores”. ¿Quién de nosotros no se ha sentido profundamente conmovido al inicio de la celebración de Completas cuando, haciendo eco de esta pregunta que precedió su propia profesión, se pone en la presencia de Dios ayudado por el deseo de presentarse ante los hermanos tal y como es, y recibe la certeza de la misericordia y del perdón que permiten tener la audacia de levantar la mirada? ¿Las Horas de la Liturgia no comienzan invocando la ayuda de Aquel que es el único que puede sostener nuestra vida, nuestra fraternidad, nuestra predicación? Todos sabemos que a veces hay días en que no nos sentimos orgullosos de nosotros mismos, días en los que nos habría gustado haber sido más justos, más cercanos, más atentos, menos satisfechos con lo poco que hemos hecho y haber esperado mucho más del Señor. Hay días en los que no se ve el entusiasmo del inicio, la radicalidad de la respuesta o la generosidad para entregarlo todo. La Liturgia de las Horas, la “santificación de las horas”, es ese acto de fe donde, a pesar de nuestros fallos, Dios está siempre presente. Celebramos esta certeza en cada doxología, en cada inclinación. El día de la profesión se nos dijo esto “¡Levántate!”. El Beato Jordán pudo oír esto mismo: “¡Levántate!” y deja atrás al hombre viejo para revestirte del hombre nuevo.

La intuición de aquellos jóvenes que iban a la casa de Betania indica que el camino que comienza el día de nuestra profesión se convierte en un camino que nos conduce hacia la Pascua. La celebración litúrgica de las Horas introduce el misterio de la Pascua en el corazón de la más simple banalidad propia de cada uno de nuestros días y envuelve nuestro tiempo en un tiempo que nos sobrepasa y que, sin embargo, nos engendra a nosotros mismos: Tiempo de la promesa de la Alianza, escuchada en la Escritura y cantada en los Salmos, que nos proporciona palabras para familiarizarnos con esa Presencia constante que viene hacia

nosotros y palabras para responder a su llamada. Tiempo de la presencia de Cristo, reconocido a la luz de los que fueron los primeros testigos de su Presencia y de su misterio. Tiempo de la humanidad que, agradecida, osa implorar con los hermanos de Emaús que se quede con nosotros. Celebramos la Liturgia de las Horas, día tras día y a lo largo de cada día, para que nuestro tiempo se encuentre realmente, profundamente, permeado por esta Presencia y se despliegue para hacerse eco de este misterio. Revestirse del hombre nuevo es, en realidad, dejar que el misterio de Cristo tome el lugar del hombre viejo.

Sabemos que la tradición de la Orden insiste (y que las Constituciones piden) que como centro mismo de la Liturgia de las Horas, los frailes celebren la Eucaristía y que lo hagan juntos, en la Misa conventual. Debemos considerar nuevamente la fuerza de esta exigencia, que, además, un muchos de nosotros destacamos cuando predicamos retiros a comunidades religiosas: la comunión fraterna se arraiga, encuentra su vigor y su alegría, en la celebración Eucarística comunitaria. Es posible que, debido al ministerio, los frailes tengan que celebrar la Misa en su parroquia, con tal o cual grupo ... pero para nosotros, la celebración comunitaria de la Eucaristía comunitaria debe seguir siendo importante, no sólo como una celebración que existe para los sacerdotes que no tiene la ocasión de celebrar “su” Misa ese día, sino como una invitación urgente a todo fraile, sacerdote o no, a recibir su vida, a recibir el don de sí mismo, en el compartir eucarístico con los hermanos. “Quédate con nosotros, Señor...” ¡Que estando juntos, Él nos explique las Escrituras y que haga que nuestros corazones ardan impacientes en el deseo de seguirlo en la itinerancia apostólica! Impacientes por vivir verdaderamente juntos, arraigando nuestra predicación en la unidad de la comunidad de frailes recibida día tras día del Pan fraccionado y del Cáliz compartido.

Celebración de la unidad en la fraternidad

La celebración litúrgica de las Horas debe ser un acontecimiento de la fraternidad. Es posible que con el paso de los años y de los siglos, la celebración litúrgica haya tomado progresivamente la forma de una observancia, de un ritmo regular al cual nos comprometemos, de un rito formal que es necesario realizar para cancelar un punto en la lista de las tareas cotidianas. Pero si al celebrar la Liturgia de las Horas tenemos presente la perspectiva de la Pascua (como cuando ponemos los restos de un fraile que acaba de morir en medio de nosotros en el coro antes de las exequias, no es tanto para significar que permanecerá con nosotros sino, justamente, para entregar a ese hermano que no estará ya con nosotros a Aquel que viene en medio de nosotros, para que lo lleve a Su Pascua), entonces no caeremos en el formalismo o en la simple obligación de realizar un rito o de “recitar nuestro oficio”. Es la Pascua la que debe animarnos a ir al Oficio; es el misterio de la vida donada siempre de nuevo el que debe impacientarnos para acudir a esta cita; es la alegría de la fraternidad sellada en el compartir la Eucaristía la que nos reúne para celebrar juntos la esperanza de que venga la Palabra de salvación.

En el fondo, celebramos la Palabra que viene como secreto, como fuente y fundamento de nuestra fraternidad. El reunirnos en el coro varias veces al día, ¿no nos da la posibilidad de rememorar el misterio insondable de la gracia? Él viene a dirigirse al mundo, a nosotros, y a darnos la fuerza y las palabras para que, a su vez, nosotros osemos dirigirnos a Él. Dejamos de lado nuestros propios discursos, nuestra sabiduría y todo aquello que creemos conocer bien para dejar que hable Él. Debemos contemplar varias veces al día el misterio del *Hallazgo de Jesús en el Templo*: ¡Él es el único Maestro que revela el sentido de las Escrituras! La celebración litúrgica es el hilo conductor de nuestros días sobre el cual se inscribe esta “consagración a la verdad, que es la Palabra”, consagración que nosotros nos recordamos mutuamente, en la cual nos sostenemos mutuamente, que nos ofrecemos los unos a los otros. La Liturgia de las Horas, dice la Tradición, santifica en cierto modo para Dios el tiempo

cronológico, en su repetición y en su duración, consagra la “duración” interior del hombre a la verdad, a la Palabra que viene.

En este sentido, nuestras Constituciones invitan a cimentar nuestras comunidades en la celebración común del misterio Eucarístico (LCO 3). Sea que hayamos sido particularmente generosos a la hora de prima o de sexta, o que hayamos podido experimentar el desaliento apostólico o personal a la de tercia o nona, siempre será verdad que hay una hora favorable en la que pueden sacarse de la fuente de la vida, la fuerza y la alegría para dar la vida que recibimos, teniendo anclado en el corazón el deseo de la salvación del mundo. Por supuesto, también aquí pueden presentarse objeciones, como la del número de misas que se deben celebrar en algunos lugares de pastoral, o como la del rito en el cual uno querría celebrar. La Orden se funda en la celebración *común* del Misterio que se halla en el centro de todo misterio y que debe hacernos renunciar, definitivamente, a toda tentación de relativismo, al querer hacer valer nuestras propias ocupaciones o preferencias por encima de las necesidades de la institución comunitaria. Existe una unidad entre la celebración de la Liturgia que santifica las Horas y la celebración Eucarística que sostiene la comunión, así como hay una unidad, en el desarrollo de la vida apostólica, entre la predicación por los caminos del mundo y el servicio de caridad ofrecido al mundo. Hay una unidad profunda, que nos vivifica, entre la celebración litúrgica de las Horas, el diálogo apostólico y el estudio paciente. Para nosotros, se trata siempre de velar para reconocer y acoger al Verbo que viene. Al buscar juntos cómo vivir esta unidad, celebramos la presencia en medio de nosotros de Aquel, en cuyo nombre queremos proponer la esperanza de la salvación.

Celebración de una unidad recibida para la salvación del mundo

Al centro de la fraternidad reunida por y para la celebración litúrgica llega no solamente Cristo sino también el mundo. La celebración litúrgica es, en efecto, el momento en el que se cultiva dentro de la fraternidad el amor al mundo. Decimos de Domingo que hablaba con Dios o de Dios, le hablaba de la gente a Dios y de Dios a la gente. Se dice de él que no cesaba de interceder por el mundo. La celebración de las Horas es el lugar por excelencia en que nuestras comunidades llevan a la presencia de Dios las aspiraciones del mundo al que somos enviados como predicadores.

Las llevamos cuando retomamos las palabras de los Salmos que expresan con tanta pertinencia los deseos del hombre, sus aspiraciones de salvación e incluso quizás su incompreensión de lo que constituye su historia. Llevamos las aspiraciones del mundo cuando, cantando los Salmos, hacemos nuestra la historia del pueblo elegido por Dios para ser un pueblo *para* Dios, y así somos en el mundo un signo de la promesa de que el mundo puede convertirse en un “mundo para Dios”. ¿Podríamos decir que, cantando la historia del pueblo para Dios en el centro del mundo, abrimos en la historia contemporánea una brecha que permite elevar la mirada más allá de esto que parece ser ya un destino sellado, más allá de lo que aparece como un callejón sin salida, como un obstáculo absurdo pero definitivo en el caminar del mundo? Cantamos la promesa de una Presencia y de una Venida que no se adapta a los “callejones sin salida según el hombre” sino que, al contrario, proyecta sobre las situaciones del momento la Luz de una promesa de eternidad. Cantar, hora tras hora, la Liturgia, es hacer oír en medio del rumor del mundo la convicción de que el mundo está salvado. Y para los predicadores, esto es colocarse, hora tras hora, bajo el signo de cuanto anima nuestra consagración a la Palabra: el deseo de la salvación del mundo.

Las aspiraciones del mundo las presentamos una vez más, por supuesto, en la oración de intercesión que es tan importante en nuestra tradición. Siguiendo el grito de Domingo : “¿Qué será Señor de los pecadores?”, la intercesión es, en efecto, una característica específica de nuestra tradición espiritual, de nuestra tradición de oración. La elección de la vida apostólica trae en sí misma, como consecuencia, el asumir como nuestras las penas y las alegrías del

mundo, sus esperanzas y sus desalientos, sus certezas y sus dudas. Como la consagración a la Palabra invita a dejar que la Palabra se apodere de nuestras vidas, las atraviese, las eleve para llevarlas al Padre; así, el destino compartido con el mundo debe habitar en nosotros, invitarnos a nuevas e incesantes comprensiones de la Promesa, a hacernos elevar la mirada hacia el Padre para presentarle las preocupaciones y las necesidades del mundo. “No te ruego solamente por ellos, sino por todos aquellos que por medio de ellos creerán”. Este doble movimiento de ser habitados por la Palabra y de dirigir a Dios una palabra humana que quiere hacerse eco de la preocupación de Cristo por el mundo; este doble movimiento nos “configura” a Aquel que abrió el camino de la vida apostólica. Es una sola y la misma cosa el dirigir al mundo la Palabra de Dios en la cual quisimos ser consagrados y el dirigir a Dios las palabras del mundo, sus esperanzas y sus necesidades. Quizás somos a veces demasiado tímidos en nuestra oración de intercesión o incluso bastante formales: por lo que está en juego merece que nos atrevamos a comprometernos aún más en esta oración de intercesión que es una característica esencial de la escuela espiritual de Domingo porque era la oración de Aquel a quien él quiso seguir como predicador

Domingo pidió a los frailes celebrar las Horas de manera pública. Así pues, en el día a día, nuestras comunidades están invitadas a abrir su oración a las dimensiones del mundo, a hacerse eco de las alegrías y esperanzas, de los dolores y desalientos del mundo en la presencia de Dios. La celebración litúrgica es así parte importante de nuestra misión de evangelización (“ampliar la Iglesia a las dimensiones del mundo”); es una dimensión de nuestro oficio de la predicación; es dar gracias y glorificar a Dios por el amor inaudito que Él ha dado al mundo y por el cual, sin cesar, Él sostiene Su creación; es recibir humildemente la gracia que Dios nos concede de poder interceder ante Él por el mundo, hablarle de aquellas y aquellos que se confían a nuestras plegarias; es la gracia que Dios nos otorga de comprometer nuestra vida a implorarlo por la salvación del mundo. A través de la oración de intercesión nos atrevemos a creer que el Espíritu, día tras día, a pesar de las torpezas de nuestras palabras y de nuestras indignidades, nos configura a la imagen misma del Hijo que ora al Padre: “Padre, éstos que Tú me has confiado, quiero que allí donde yo esté, ellos también estén conmigo”. En el fondo, es estar incesantemente conmovidos al descubrir que la celebración de las Horas, al dejar que el mundo irrumpa en la oración, es la ocasión de dar gracias cada día por la Presencia santificadora de Dios que irrumpe en el mundo. ¿Acaso no nos constituimos en una comunidad de predicadores por medio del Espíritu que, pacientemente, nos configura a imagen de Aquel que es el único Predicador? Así, debemos dejar que sea Él quien lleve nuestra torpe oración al Padre y que inscriba en nosotros el deseo de la salvación por la cual Él mismo ha donado su vida y por la cual queremos, por parte nuestra y en nuestra propia medida, ser predicadores.

Y entonces, con Él, caminar cada día hacia la Pascua, e implorar la ayuda del Espíritu para predicar...

En la Fiesta de la Visitación,



Fray Bruno Cadoré, O.P.

Maestro de la Orden de Predicadores